

Fiesta de tambores en el territorio mítico de Palenque

Gloria Triana

Elisabeth Cunin, socióloga francesa que lleva varios años en Cartagena realizando investigaciones sobre los afrodescendientes en el Caribe colombiano, se preguntaba en su libro *“Identidades a flor de piel”* cómo este pueblo olvidado y estigmatizado, era considerado único en el presente, mientras los otros antiguos palenques parecen borrados del recuerdo y de la historia.

Después de muchas pesquisas, concluyó que la construcción de la etnicidad palenquera estaba basada en un cierto número de factores de identificación, unos verdaderos otros inventados, creados por una nueva generación de palenqueros (joven, educada y urbana), que apareció una década antes de que la Constitución del 91 reconociera y legitimara el multiculturalismo.

Considerando que los mitos son narraciones inestables que sufren transformaciones permanentes que orientan los comportamientos y creencias y están acompañados de rituales que canalizan y resuelven conflictos, dan sentido de identidad y legitiman el poder, es fácil entender cómo esta nueva elite del palenque de San Basilio (influenciada por intelectuales e investigadores de afuera) mitificó este territorio como el primero libre en América, rescataron a Benkos Biohó como modelo de héroe de la nueva cosmovisión del africano en el Nuevo Mundo, líder de la gesta libertaria del cimarronismo, y construyeron nuevos imaginarios a partir de símbolos del pasado.

Realicé mi documental sobre Palenque a comienzos de la década del 80, cuando este movimiento empezaba a recuperar la memoria perdida, valorando su origen africano y su lengua, reafirmando su historia de rebelión, convirtiendo a su héroe Benkos Biohó en el líder principal de esclavizados fugitivos, legitimando su discurso étnico y recreando las prácticas religiosas y rituales ancestrales. Y aunque no tuve contacto en esa época con esos nuevos líderes, he mantenido una relación permanente a través de los años y he podido observar los cambios y transformaciones de esta comunidad que se ha convertido en modelo de lucha contra la discriminación y la exclusión.

Todo este proceso reivindicado por la nueva Constitución fue el que hizo que tres décadas después este corregimiento del municipio de Mahates (Bolívar), estuviera listo para que la Unesco le concediera el año pasado la distinción de “Obra maestra del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad”

Por esta razón el Festival de Tambores, fundado en 1980, tenía este año un significado especial. El evento fue definido como un instrumento de reafirmación de identidades del pueblo palenquero y del pueblo afrocolombiano en general, dándole el mismo nombre del concierto con el que lo lanzaron en Bogotá: “Del ritual del



lumbalú a la euforia de la champeta”, para enfatizar la importancia de la música en su cultura.

El festival me sembró muchas sorpresas. La primera fue encontrar que la fiesta no se inició con este montaje escénico rigurosamente preparado durante meses, conformado por músicos y danzantes de Palenque, Barranquilla y Cartagena, que hubiera mostrado ante los visitantes y los medios de comunicación presentes todo el valor y la riqueza del espacio cultural de Palenque, que fue el que obtuvo el reconocimiento de la Unesco.

Por las calles de Palenque deambulaban fotógrafos, camarógrafos, estudiantes venidos de Bogotá, turistas cartageneros, periodistas de radio y televisión, empresarios de espectáculos, etnomusicólogos, antropólogos, escritores, muchos de los cuales esperaban ver en este primer día una muestra de tambores y expresiones culturales palenqueras.

Algunas se presentaron tarde en la noche, cuando ya no estaban los medios, pues no hay donde dormir en el pueblo. En la muestra hubo toda clase de géneros: el Sexteto Tabalá, cuyo origen se remonta al año 30, cuando obreros cubanos que vinieron a los ingenios azucareros se fueron pero les dejaron sus sones; Viviano Torres, Melchor el Cruel y Louis Tower como representantes de la champeta, esa música urbana de origen africano de la Cartagena popular que ellos recrearon; Justo Valdés y su Son Palenque, autor del himno del pueblo; Alfredo y Peter, los románticos del vallenato; Lekví, un grupo cartagenero que fusiona la champeta y el reggaetón; cantadoras del pacífico, los reyes del *Blin Blin* y una banda de porros. En una palabra, música para todos los gustos y todas las generaciones. Pero ¿dónde estaba el ritual del lumbalú?, se preguntaban los visitantes. “Las Alegres Ambulancias”, que hace poco estuvieron en París en el Festival del Imaginario de la Casa de las Culturas del Mundo interpretando sus cantos funerarios no aparecieron esa noche por ninguna parte. El domingo fue necesario montar en el día un lumbalú improvisado para que los medios lo registraran.

En el patio de la casa sede del festival se realizaron las actividades académicas donde se destacó la presencia de esa elite intelectual palenquera: historiadores, etnoeducadores, músicos, lingüistas y periodistas se refirieron a la historia contemporánea, al proceso histórico de la música africana, a los inicios de la champeta en el Caribe, a la lengua criolla, a su cosmovisión.

Al regresar de Palenque, Óscar Collazos me decía que era muy interesante observar una comunidad con tan poco mestizaje y tan orgullosa de su pasado. Es posible que la leyenda de la tradición oral de Palenque en la cual Orika, la hija de Benkos Biohó, fue condenada a muerte por haberse enamorado de un español y romper la norma establecida por su pueblo, explique en parte por qué el palenque de San Basilio no ha sido borrado del recuerdo y de la historia.